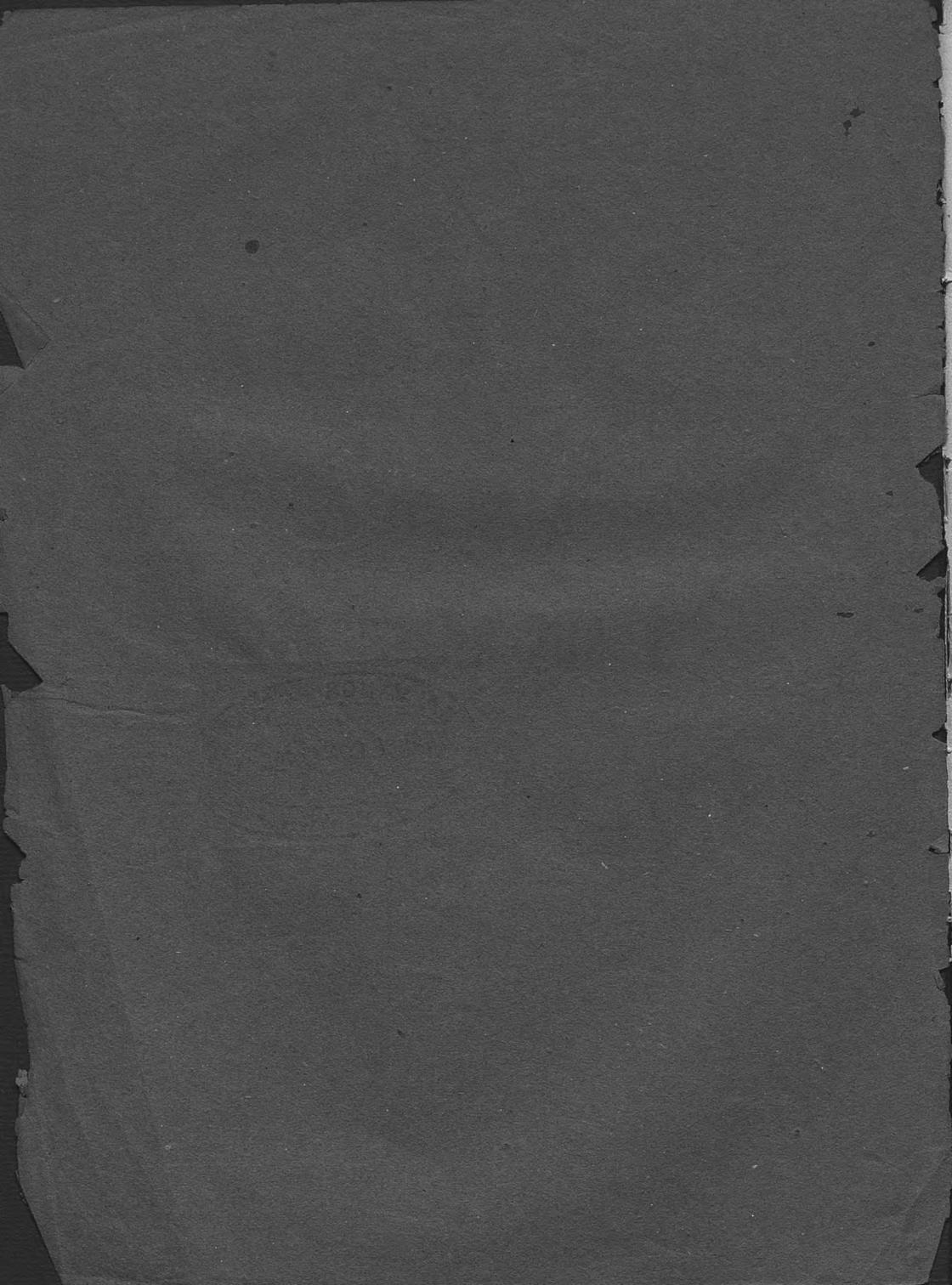


GABINETE DE LECTURA  
— DE —  
SALVADOR POSTIGO  
S<sup>ta</sup> Lucia 3.  
**M A L A G A**



1119

**MÁLAGA  
Y SUS OPRESORES.**

MALAGA

Y SUS OBREROS.

# MÁLAGA

## Y SUS OPRESORES.



RELATO VERÍDICO  
DE LOS ÚLTIMOS SUCESOS DE MÁLAGA,

ESCRITO POR

ROMUALDO DE LAFUENTE.



Oran 13 de Enero de 1869.

R. 114707



1914

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY  
540 EAST 57TH STREET  
CHICAGO, ILL. 60637



THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY  
540 EAST 57TH STREET  
CHICAGO, ILL. 60637

EL dia 28 recibimos en Málaga la noticia de que el general Caballero de Rodas, se dirigia á esta ciudad á cumplir la mision que habia recibido del Gobierno Provisional, de desarmar la Milicia, como antes lo habia hecho en Cádiz, Jerez y Sevilla.

Mucho antes de que tuvieran lugar los lamentables sucesos del Puerto de Santa Maria y Cádiz, habiamos tenido aqui noticias de la resolucion tomada por el Gobierno del desarme de las Milicias populares de Cádiz, Sevilla, Málaga y Madrid, asi es que no nos sorprendieron sus primeras operaciones, las provocaciones hechas á los pueblos, provocaciones que encerraban en si las terribles sentencias de humillacion ó de muerte.

Muertos ó humillados van quedando los pueblos por donde vá pasando el general Caballero de Rodas, y el Gobierno debe quedar satisfecho de su obra.

La proximidad del peligro que nos amenazaba, sabiendo que dicho general, venia al frente de un ejército de seis ó siete mil hombres, decidido á desarmar la Milicia, aumentó la eferescencia que ya reinaba en este pueblo desde los sucesos de Cádiz, y para ver si se encontraba algun medio de aplacar esta eferescencia, escojitando aquel que no pudiera herir la suceptibilidad del Gobierno ni amenguar su

fueron, ni rebajar su autoridad, al mismo tiempo, que el pueblo no se sintiera humillado, ni desposeido de sus derechos, se provocó una reunion en la tarde del veinte y nueve, que tuvo lugar en la sala de sesiones del Ayuntamiento Popular, á la que asistieron el señor Alcalde primero, con un gran número de Concejales, el vice-presidente de la Diputacion Provincial, todos los Comandantes, excepto el del tercer batallon, y casi todos los capitanes de la Milicia ciudadana.

Allí se hizo presente la mision que traia á Málaga el general comisionado por el Gobierno para desarmar los batallones del pueblo; se patentizó la sin razon de esta medida, puesto que la Milicia se habia reorganizado por el señor Alcalde primero, con arreglo á las últimas instrucciones del Gobierno se discutió sin embargo, si la Milicia debia ó nó, obedecer ciegamente la órden del desarme, incondicionalmente, reflexionando que la resistencia no podia traernos mas que escenas de sangre y luto, dando al fin por resultado el desarme que tratábamos de evitar y una segura derrota.

Entre estos dos extremos, ambos desagradables, tristísimos ambos, se propuso un medio de conciliacion, por todos aceptado, y que parecia que fuese aceptable tambien para el general en gefe del ejército de Andalucia. Este medio era el de que se acercara al general, antes de que pudiera llegar á esta ciudad, una comision con representacion de las corporaciones allí presentes, para proponerle que si el Gobierno no se hallaba satisfecho con la organizacion que se acababa de

hacer por el Ayuntamiento y queria que se reorganizara por distritos ó barrios, se haria esta reorganizacion inmediatamente, sin levantar mano de la obra hasta dejarla concluida, pero que no se exigiera prematuramente el desarme de la Milicia, hasta que el Ayuntamiento designara y determinara las personas que debian conservarse armadas y las que no debian tener las armas en su poder.

Aceptado por unanimidad este medio conciliador y prudente, se nombró la comision representante, compuesta de los Sres. don Eduardo Palanca, vice-presidente de la Diputacion Provincial, D. Juan Griza, Alcalde segundo, y D. Joaquin Garcia Segovia, comandante de un batallon de la Milicia, personas todas dignisimas, por sus talentos, sus virtudes, y sus espíritu patriótico y conciliador.

La comision salió inmediatamente á desempeñar la mision de que iba encargada resolviéndose al mismo tiempo, que se establecieran fuertes retenes, de la Milicia, como se verificó de orden del Alcalde primero, entrando de servicio dos compañías de cada batallon. Además de estas precauciones se acordó por la mayoria de los comandantes, nombrar un comandante general de la fuerza ciudadana, con el caracter de provisional mientras durara la situacion anormal en que nos colocábamos, y este nombramiento recayó en mi humilde persona, resignándome á aceptarle, apesar de que conocia que era superior á mis fuerzas, porque fuè inútil mi resistencia y tuve que aceptar este cargo de honor y de peligro contra mi voluntad.

Al siguiente día veinte y nueve por la mañana, la comision encontró en Córdoba al General en Gefe y allí le espuso todas las razones que tenia en apoyo de su solicitud, previniéndole con acatamiento y sumision los peligros que preveia, si el general no obraba en este asunto con toda la prudencia que en las actuales circunstancias aconsejaban la política, la justicia, y los derechos de que el pueblo se hallaba lejítimamente revestido.

Pero el general Caballero de Rodas, que como sectario de la union liberal, no debe ser político, ni amante de la justicia, ni defensor de los derechos populares, sino soldado y soldado especulador, contestó militarmente con una seca negativa á la solicitud de la comision y siguió su ruta, llegando en el mismo día 29 á Antequera y mandando á Málaga al nuevo Gobernador militar el brigadier Pavia con la orden de ejecutar el desarme de la Milicia antes de su entrada en la Ciudad.

Sin duda creyó el general Caballero de Rodas que el desarme era fácil maniobra, y que no podia haber un pueblo defensor de sus derechos, celoso de su dignidad que prefiriera la muerte á la humillacion. Pero la mayoría de la Milicia Popular de Málaga, representada por sus gefes reunidos en la noche del veinte y nueve, pensó de otra manera y despues de discutir sobre la gravedad de su situacion, despues de convencerse y declarar que no podia alcanzar el triunfo en la batalla que venia á presentarle un enemigo fuerte, disciplinado, bien armado y pertrechado de todos los útiles de

guerra, despues de calcular y reconocer que con las escasas municiones de que estaban provistos los batallones apenas se podria sostener el fuego por el término de tres horas se decidió á combatir hasta quemar el último cartucho antes de ver hollados sus derechos y ultrajada su dignidad.

Ocho batallones componian toda la Milicia Nacional de Málaga y los pueblos de su rádio, todos, escepto el tecer batallon, estuvieron representados por sus comandantes y la mayoria de sus oficiales, en la reunion de la noche del veinte y nueve de Diciembre y declararon marchar contentos al sacrificio con heróica decision, todos los gefes y oficiales de los batallones, primero, segundo, cuarto y Cazadores de la libertad.

El primer comandante del batallon de Artilleria, que lo es el Alcalde primero D. Pedro Gomez Gomez, dijo que no podia cumplir á un mismo tiempo los dos importantes cargos que desempeñaba, y que, ó habia de hacer dimision de la alcaldia, ó no le era posible ponerse al frente de su fuerza. Entonces se le rogó que permaneciera en su presidencia del Ayuntamiento y ocupara su lugar en el batallon el segundo comandante D. Salvador San Martin.

Este señor que no se hallaba decidido á resistir al ejército invasor, ni tampoco tuvo el valor y la independecia necesaria para manifestar lealmente su opinion, se evadió del compromiso diciendo, que antes de comprometerse necesitaba reunir á sus oficiales, que no se ha-

llaban presentes, pero que él con la fuerza que quisiera seguirle, ó aunque fuera solo, se presentaria en el sitio del peligro.

La misma contestacion dieron, el primero y el segundo comandante de los dos batallones rurales, D. Antonio Gomez Gaztambide y D. Manuel Torres Acebedo.

De suerte que si antes dije que la mayoría de los jefes de la Milicia se condenaron gustosos al sacrificio por salvar su dignidad, no falté á la verdad aunque parezca ahora que de los ocho batallones solamente cuatro estaban francamente comprometidos, porque el comandante del tercer batallon, D. Andres Pastór, que en esta ocasion y antes de esta ocasion ha demostrado, que ni es valiente, ni es leal, ni es caballero, sino un farsante especulador que se mete en las conspiraciones para traicionarlas y vender luego á los leales por mezquino precio; y esto lo digo por que ya me ha hecho traicion á mi por segunda vez, ese traidor, repito en alta voz para que llegue á sus oidos y á los de todo el mundo, envió á la reunion al ayudante de su batallon, para que declarara, como lo hizo, que el tercer batallon acudiria al sitio que se le designara.

Ya era mas de media noche cuando terminó la reunion acordándose con el mayor entusiasmo por los cuatro batallones decididos, ponerse en pié de guerra para defender la conservacion de las armas que la revolucion de Setiembre les habia dado, y que el Gobierno Provisional no debia arrancarles de las manos sin que se hubieran hecho antes indignos de em-

puñarlas, y la Milicia Popular de Málaga, no había dado ni el más mínimo pretesto al Gobierno para desconfiar de su lealtad, honradez y patriotismo.

Los cornetas de la Milicia tocaron llamada, los primeros nacionales que se reunieron empezaron á levantar barricadas y á las ocho de la mañana del día treinta, los barrios del Perchel y de la Trinidad, así como las calles de la Ciudad que ofrecían más peligro á la invasión, se hallaban fortificadas con parapetos, que por la perfección y solidez parecían milagrosamente contruidos en tan pocas horas, en un pueblo, donde hasta ahora no parecía tener conocimiento práctico de semejantes fortificaciones.

El pueblo en medio de su febril entusiasmo, con ese instinto prodijioso que le acompaña, todo lo adivinaba, previa todas las necesidades y lo improvisaba todo.

Unos por obligación y otros por voluntad, casi todos los nacionales se hallaban de fatiga desde la noche del veinte y nueve, pero ni la falta de sueño, ni la escasez de alimento rendían sus fuerzas, sino que por el contrario parecía, que se les aumentaban en medio del trabajo y la fatiga. Cuando vieron levantadas las barricadas les pareció que faltaba alguna cosa para perfeccionar sus fortines, se acordaron entonces que en el Espigón del muelle había algunas piezas de artillería de grueso calibre, y sin reparar en la dificultad de conducir las á parages muy distantes corrieron á buscarlas y

las arrastraron con sus pesadas cureñas hasta dejarlas colocadas en sus barricadas.

Como si un genio desconocido y protector les amparara, los nacionales se proveyeron de municiones de fusilería y artillería, de cápsulas y de todo lo necesario, para la guerra, de que pocas horas antes carecían, y que nadie sabía donde podría encontrarse, ni tenía medios para adquirirlo.

¡Oh voluntad humana! ¡cuán potente eres cuando la necesidad te impulsa á poner en actividad todas tus fuerzas! El hombre es entonces un semidios y hace milagros.

Yo, cumpliendo de la mejor manera que me fué posible, los deberes de mi superior categoría militar, habia estudiado y trazado de antemano el plan de defensa de la ciudad y señalado á cada batallón los puntos que debia ocupar con la precisa designacion de puntos y fuerzas.

Todas las entradas estaban cubiertas, fortificados todos los puntos estratégicos, determinado los cuarteles donde debian permanecer fuertes retenes que sirvieran de reserva para acudir al auxilio de los puntos que se debilitaran, ó formar columnas de ataque cuando la necesidad las reclamara, pero para llevar á cabo este plan habia contado con la Milicia, es decir con doble fuerza que la que luego se puso á mis órdenes y esta falta me obligó á modificar repentinamente el plan primitivo y á improvisar otro mas imperfecto pasando por la dura necesidad de dejar muchos flancos abier-

tos al enemigo y no poder disponer de ninguna fuerza de reserva.

El señor D. Pedro Gomez Gomez, no abandonó su presidencia en el Ayuntamiento, ni su comandancia en el batallón, logrando encerrar la fuerza de su mandó en la Catedral y poniéndose con ella á las órdenes del Gobierno contra sus hermanos y el general por esta defeccion les ofreció conservarlos armados. El comandante del tercer batallon y dos compañías sueltas, siguiendo el ejemplo de la Artillería, se separaron del resto de la Milicia y guarnecieron el Seminario de San Agustin, y una casa fuerte, fronteriza á la Catedral. Los batallones rurales, ó no se reunieron ó permanecieron fuera de la Ciudad.

Los cuatro batallones, bien incompletos por cierto, guarnecian las barricadas de los barrios y la Ciudad en su estensa línea, y en esta actitud defensiva nos hallábamos, cuando á las once de la mañana del día treinta recibimos todos los comandantes de las fuerzas activas una atenta comunicacion del señor comandante General, invitándonos á celebrar una conferencia con su señoría, y no pudimos menos de mostrarnos deferentes con la Autoridad militar, acudiendo á su invitacion.

En el salon de sesiones del Ayuntamiento nos recibió el señor Pavia y tomando la palabra nos persuadió de los sentimientos liberales que abrigaba en su pecho, nos refirió los sacrificios que habia hecho en favor de la libertad, sus trabajos en la emigracion que habia sufrido, y manifestó por fin su laudable deseo de evitar

la efusion de sangre que habia de producir una lucha fratricida entre los defensores de la libertad, desgracia que podia evitarse entonces todavia, abandonando las barricadas y retirándose los nacionales á sus casas.

A mi me cupo el honor de contestar al sentido y conciliador discurso del señor comandante General, y lo hice, sino con la elocuencia de mi antecesor, animado de sus mismos sentimientos.

Le prometí que todos mis compañeros presentes, y yó con ellos el primero, interpondríamos nuestra influencia con los nacionales para persuadirles, aunque tuviéramos que emplear el ruego, á que se retiraran á sus casas, pero que no creíamos conseguir nuestro objeto, si no se les ofrecia solemnemente que no habia de preceder el desarme á la reorganizacion de la Milicia. Con toda la vehemencia que mi alma sentia en aquellos momentos supliqué al señor Pavia, su intercesion para con el General en Gefe, y cerca del gobierno Provisional, si lo creia conveniente, á fin de alcanzar la promesa de no desarmar la milicia antes de su organizacion; le rogué que en su súplica al señor Ministro de la Guerra, acompañara tambien la que yo le hacia para que accediera á esta prudente solucion, y que este favor, único que habia pedido al Gobierno Provisional, me sirviera de recompensa, la mas preciada que pudiera concederme en gracia de las penalidades sufridas en la emigracion en que todos habiamos sido comunmente desgraciados.

Con la mayor importunidad vino á inter-

rumpirse esta conversacion amistosa que iba tomando el caracter de fraternal alianza, por el aviso de que acababa de llegar á la Estacion del ferro-carril el señor General en Gefe.

Entonces el señor Pavia nos invitó á acompañarle hasta la Estacion, ofreciéndonos que hablaria al General en favor de nuestra solitud y le rogaria que nos escuchase y atendiese.

Acompañamos con gusto al señor Pavia hasta la estacion y allí supimos que la noticia recibida era inesacta, puesto que el General en Gefe no habia llegado.

Volvimos llenos de pesar á terminar nuestra conferencia que no pudo tener una resolucion definitiva, porque el señor comandante General no podia por si hacernos la formal promesa que le pediamos.

Yo, sin embargo, reuni á un gran número de oficiales de la Milicia, les hice presente el buen deseo de que se hallaba animado el comandante General, y sino seguridad, les di alguna esperanza, aunque no participaba de ella, de que el General en Gefe accederia á dejar las armas en poder de los milicianos hasta que se verificara la reorganizacion de la Milicia, si desde aquel momento nos retiráramos á nuestras casas.

Sin adelantar nada en favor del objeto que me proponia, perdi mucho para el buen éxito de la defensa con las indicaciones espuestas, porque exasperaron á unos, á los que mas decididos se hallaban á defender sus armas y que no querian retirarse de las barricadas sin ob-

tener una completa seguridad de no ser desar-  
mados, y sirvieron de pretexto á otros, á los  
que asustados por el próximo peligro, hallaban  
ocasion de hacer una retirada, que en su con-  
cepto no les deshonoraba.

Aquella misma tarde se retiraron algunas  
compañías, dejando descubiertos los puntos que  
guardaban, y en el resto de la noche se habia  
ya desertado de la línea de defensa todo el  
segundo batallon.

El dia treinta y uno apareció desanimado  
y triste nuestro campamento; yo lo estaba tam-  
bien, nunca ocultó mis flaquezas y dejó á otros  
la apreciacion de mis virtudes; veia aminorarse  
considerablemente nuestras fuerzas, leia en mu-  
chos semblantes las muestras de pesarosa re-  
signacion, del pundonor luchando con la razon,  
el sentimiento de la familia en pugna con los  
deberes del patriota, adivinaba, en fin, ese fuer-  
te debate, sordo y mudo, que estaba agitando  
el espíritu de la gran mayoría de los naciona-  
les, sin que ninguno se atreviera á ser el pri-  
mero que manifestara con franqueza el deseo  
de retirarse del campo á que voluntariamente  
habia ido.

Y me atreví, entonces á levantar por última  
vez mi voz en favor de la paz; recorri algunos  
puestos, aquellos de mayor importancia, hablé  
primero á los oficiales, en los que encontré dis-  
corde la opinion, luego mandé formar algunas  
compañías, hice presente á los nacionales la  
desercion de nuestros camaradas en la noche  
anterior, el escaso número de nuestras fuerzas,  
comparado con el de las fuerzas contrarias.

apelé á sus sentimientos de padres, hijos y esposos, y por fin, les dije, que todavia era tiempo de retirarnos, evitar la lucha, conservando las armas, y esperar la resolucion de ese General que aun antes de haber pisado nuestro suelo, inspiraba ya un sentimiento desagradable con mezcla de odio y terror.

Mi arenga fué recibida con indignacion por aquellos espíritus mas fogosos, que me contestaron con estos gritos: *¡antes morir que dejar las armas! el que tenga miedo que se vaya! ¡á luchar!*

¡Pues á luchar! contesté, yó entonces, y mi voz fué ya animadora y guerrera hasta el fin de la lucha.

El presbítero D. Enrique Romero, vino á encender mas el fuego de las pasiones, bien encendidas ya, con la siguiente proclama.

### MILICIANOS.

Vivir sin honra, es la vida de la afrenta. Morir con gloria, es la muerte de los héroes. Hemos puestó en armas una Ciudad que siempre ha sido la primera en el peligro de todas las libertades, para retirarnos en derrota sin demostrar por lo menos que hay valor en nuestros pechos?

Si gefes traidores, ó tímidos y cobardes abandonan la causa sagrada del pueblo; si ellos nunca han tenido conciencia de los derechos que proclamaban, y solo decian ser republicanos por medrar con la patria, á nosotros toca decir á España entera que peleamos por nuestro honor, por nuestra libertad y por la justicia.

Milicianos, decidisteis ayer morir en vuestros puestos, primero que salir deshonrados. ¡A las armas! Morir hoy es vivir como los mártires de Cádiz. ¡Vengad la afrenta que sufren en sus prisiones y en el destierro los defensores de la Sagunto moderna. ¡A vuestros puntos!

¡A las armas! ¡Viva la República! Málaga 31 de Diciembre de 1868.—Enrique Romero.

La humanidad con recta razon, con tranquila conciencia sabrá juzgar de la oportunidad de este vota-fuego lanzado por la mano de un Ministro de Dios de paz, pero yó narrador verídico y severo, no puedo menos de declarar que la proclama del presbítero me indignó, porque no veia en ella la explosion de un alma ardiente, animada solo por la honra de las armas defensoras del ciudadano; traslucia en las frases de la alocucion el veneno de escondidos rencores, el deseo de una popularidad, tan ilegítima como peligrosa, un golpe de bombo desentonado, é inconsciente.

No me engañé; pronto el presbítero vino á revelar las veleidades naturales de su ligero carácter; á las siete de la mañana del día primero de Diciembre, corrió yá á buscarme al barrio de la Trinidad, para decirme que estaba trabajando para impedir que empezara el combate, que le digera las últimas condiciones que podian admitirse para que la Milicia accediera á retirarse, pues no habia un momento que perder. Yo le contesté tranquilamente, que la única condicion admisible seria la de prometernos solemnemente que conservaríamos nuestras armas

hasta que se verificara la reorganizacion de la Milicia.

El buen presbítero volvió á salir corriendo á cumplir su oficiosa mision y cuando regresó desairado fué arrestado por el comandante de su batallon, D. Pedro Castillo, por haberse metido á embajador voluntario.

La tarde del dia 31 fué ya precursora de la gran batalla que se preparaba.

Desde el cuartel general del ejército invasor situado en la estacion del ferro-carril, se veian destacar fuertes guerrillas que recorrían el campo en varias direcciones. Del edificio de la Aduana, donde se habia acuartelado el regimiento de Valencia y toda la guardia civil de la Provincia, se destacaron algunas compañías para guarnecer la bateria del Espigon, operacion que no verificaron sin tener que sostener una pequeña escaramuza con los nacionales.

Despues de esta primera diversion, salió de la Aduana el bando con el objeto de publicar la ley marcial, pero esto no pasó de una intencion; el bando no pudo publicarse, porque la tropa se vió obligada á retirarse al verse combatida y rechazada.

Mientras estos ligeros encuentros tuvieron lugar por la parte de la Alameda, otro mas grave y lamentable se verificaba por el extremo opuesto. Dos compañías del batallon, Cazadores de Barbastro, mandadas por su segundo comandante el bizarro y malogrado jóven, señor Berjes, salieron del cuartel de Capuchinos y se encontraron con algunos grupos de nacionales que las cortaron el paso, dando lugar á un com-

bate, del que resultaron varios muertos y heridos de parte y parte, recibiendo una herida mortal, el comandante Berjes, mi querido amigo y compañero de emigración, que murió pocas horas despues. Confieso que esta noticia me traspasó el alma de dolor.

En las escaramuzas de la tarde del treinta y uno, habian demostrado los nacionales sus disposiciones belicosas, y parece que aquellos primeros tiros habian servido para reanimar los espíritus decaidos y redoblar el fuego de los ánimos.

La hora del combate era ya esperada por todos con impaciencia.

Era la cuarta noche de fatiga; los nacionales, casi no habian dormido nada y habian comido, poco y mal, durante las setenta horas que llevaban sobre las armas en el servicio de retenes ó barricadas, sin que por eso hubieran incomodado á nadie, ni pedido nada, hasta que yo ordené á los gefes de las guardias y comandantes de compañías, hacer un rancho que sirviera de alimento á los mas necesitados, dando recibo de los artículos que se exigieran.

Amaneció por fin el dia primero de Enero de 1869, que nunca quedará olvidado en las páginas de las crónicas malagueñas. Los primeros rayos del sol cayeron sobre las armas fratricidas de ambos campos, reververando en ellas el fuego rojo que luego habian de reproducir los proyectiles encendidos que vendrian á cuajar la atmósfera.

Aquel dia, aquel sol, aquellas luces, aquel incendio, todo aquello servia de ornamento á

la gran hecatombe de un pueblo levantada por los poderes tiranos, en holocausto del orgullo, de la soberbia militar.

Eran las ocho de la mañana y cada ciudadano armado guardaba su puesto de honor.

El mio era entonces, como debia ser, el mas abandonado, el que ofrecia mayor peligro. Detrás de la barricada que se apoyaba en el puente de Tetuan y daba vista á la calle de Cuarteles y desembocadura del barrio del Perchel, alli me hallaba observando las operaciones de la fragata de guerra *Cadiz* y otros dos vapores, tambien de guerra, cuyas embarcaciones puestas en línea de batalla á la embocadura del Guadalmedina parecian amenazarnos con sus bocas de fuego, pero yo dudaba todavia y para creer que la marina de guerra iba á disparar su artilleria sobre la ciudad, me fué preciso verlo.

Poco tiempo pude sostener la duda porque un desengaño triste y desconsolador vino á disiparla bien pronto.

A las ocho y media rompieron el fuego las guerrillas desplegadas al N. O. E. de la ciudad; el batallon de Asturias al mando de su coronel el señor D. Evaristo Garcia Reina, dos compañías de Chiclana y el batallon Cazadores de Vergara á retaguardia con fuerza de caballeria de Húsares emprendieron el ataque por aquella parte, interin dos batallones del primero, el batallon de Figueras y medio batallon de ingenieros avanzaban por la calle de Cuarteles.

La fragata *Cadiz* empezó entonces á hacer un terrible fuego de cañon sobre los puntos que

se hallaban ocupados en los pasillos y sobre los puentes.

El fuego de cañon y de fusileria fué desde entonces muy vivo y sostenido por toda la parte del N. O. E. pero los bravos defensores de la Ciudad sostenian sus posiciones con heroico esfuerzo.

Las primeras y segundas balas, disparadas por los cañones de la marina, causaron una repentina impresion de espanto en algunos de los nacionales que guardaban la barricada avanzada en el puente de Tetuan, pero bien pronto les demostré que el mismo puente nos servia de parapeto contra los disparos de los barcos y que sus proyectiles pasarian por encima de nuestras cabezas sin causarnos el menor daño.

Convencidos de esta verdad mis bravos compañeros tomaron por diversion el hirviente silvido de las balas y granadas y saludaban su rápido paso, gritando, ¡Viva la república!

Las fuerzas del ejército, avanzaban empujadas por un mandato ineludible, no con aquel arrojo y valentia que en otros dias y por mas justas causas estoy acostumbrado á ver avanzar al ejército Español, pero, poco á poco iban ganando el terreno que su artilleria les iba allanando al destruir los parapetos que obstruian el paso.

Las barricadas avanzadas fueron deshechas por las balas de los cañones y en cuanto uno de aquellos parapetos era destruido, los defensores se replegaban y aumentaban el número de la segunda linea.

El bravo ejército del nunca bien ponderado general, Caballero de Rodas, se hallaba ya dentro de algunas calles de los barrios del Perchel y de la Trinidad, una hora ú hora y media despues de comenzado el ataque, y entonces justamente se encontraba en la ocasion mas ventajosa para demostrar al mundo su pericia y su valor y enseñar á los guerreros de aficion lo que vale y puede un ejército subordinado, numeroso, aguerrido, que mandado y dirigido por generales sabios é invencibles, es indomable en la lucha y generoso en el triunfo.

Pero ¡ay! que si doloroso fué para toda persona de sentimientos humanitarios presenciar el proceder del ejército invasor, vergonzoso y sensible es tener que relatar los hechos vandálicos que los soldados españoles cometieron en aquella invasion!

No se contentaron con luchar ocho contra uno, no les parecía bastante la superioridad de sus armas, era preciso combatir sin ningun peligro, obligar al enemigo á rendir sus armas, ó á emplearlas contra sus padres y hermanos, los valientes defensores de Málaga se vieron un momento precisados á declararse vencidos ó fraticidas.

Al paso que el ejército iba ganando las casas, iba sembrando en ellas la desolacion y la muerte; ancianos, mujeres y niños fueron asesinados sin piedad, y los que se libraban de la muerte eran obligados á marchar delante de los combatientes con los pechos desnudos hacia las barricadas, gritando, ¡hermanos nuestros no hagais fuego, no, reparad que somos el blanco que os

presenta el enemigo, que ha puesto por muralla nuestros pechos, tened en cuenta que es vuestra propia sangre la que vais á derramar! Y á los bravos hijos de Málaga se le caían las armas de las manos y se les helaba la sangre en las venas al ver á sus padres, á sus hijos, hermanos ó amigos, con los sombreros en las manos y los brazos tendidos hácia ellos, demandando piedad, pidiéndoles la vida!

Muchos de aquellos desgraciados iban vertiendo su preciosa sangre de las heridas que les habian causado las bayonetas de los soldados que marchaban detrás, guareciéndose con aquella muralla de carne humana.

Con ésta estrategia memorable, consiguió el general Caballero de Rodas conquistar algunas barricadas, de aquellas que por su situacion favorable no podia derribar con las balas de sus cañones, y que les dejaron abandonadas los valientes que no saben herir en pechos indefensos, sin atentar contra las vidas de seres inocentes.

Asi fué tomado el barrio de la Trinidad despues de seis horas de continuado y encarnizado combate, despues de haber sido destrozado por toda clase de proyectiles, que simultáneamente le arrojaban los cañones de la marina, de la division y del Castillo, despues de haber sido taladradas sus casas á la zapa por un batallon de ingenieros, despues de haber asesinado dentro de las casas, á los hijos indefensos en presencia de sus padres, á las madres en presencia de sus hijos; pregúntese al honrado ciudadano Francisco Gonzalez (a) Lechuga, como murieron

sus hijos, pregúntese á Francisco y Eduardo Nillo, como vieron morir á su madre!

Pero los soldados de Caballero de Rodas, al ganar el barrio de la Trinidad, no habian alcanzado mas que la mitad de la victoria, no habian completado las proezas que consignadas han de quedar para perpétua memoria y baldon eterno en las páginas ensangrentadas de nuestras discordias civiles.

A las dos y media de la tarde empezó á atravesar el Guadalmedina la division de Caballero de Rodas y dió principio á los ataques de la ciudad por la parte Poniente, al mismo tiempo que lo hacian por el Sur las fuerzas de la guarnicion del regimiento de Valencia y Carabineros.

Las primeras fuerzas fueron combatidas por los defensores de la barricada situada en la Puerta Nueva y de las casas del pasillo de la Verdadura y calle de Torrijos, y las segundas se estrellaron en la barricada de Puerta del Mar y casas contiguas, que fueron acribilladas por las balas de cañon, tomadas á la zapa por los ingenieros y la barricada rodeada y destruida antes que abandonada.

Tres horas de constante y nutrido fuego de cañon y fusileria resistió la barricada de puerta del Mar, si alli se verificaron hechos de valor personal y colectivo, si la defensa de aquel puesto tuvo mil veces mas mérito que la victoria, poco envidiable de nuestros contrarios, ellos mismos pueden decirlo, si quieren hacerlo con imparcialidad, pero si por un mal entendido orgullo no quisieran hacer justicia á los que con tanta heroicidad y esfuerzo generoso les combatieron, yo no debo

hablar en causa propia, el pueblo entero de Málaga, sin distincion de colores políticos, dará algún dia su tributo de admiracion á los esforzados defensores de la barricada de Puerta Nueva y los vestigios destructores de la batalla, serán testigos irrecusables del obstinado ataque y la tenaz defensa que se hizo en aquel punto, que fué por fin abandonado pero no rendido.

A las cinco de la tarde las tropas del ejército invasor eran ya dueñas de muchas calles y casas del interior de la ciudad, porque el cansancio natural de los nacionales, que despues de ochenta horas de vigilia y de fatiga, casi sin interrupcion, sin contar las últimas nueve horas consecutivas de encarnizada batalla, era ya insostenible, sus fuerzas físicas desfallecian, y á muchos de ellos se les habian concluido las municiones.

Los dispersos de las barricadas perdidas ó abandonadas, se habian replegado, unos á las casas de la calle de Torrijos, otros á la plaza de la Constitucion y tomado en ellas varias casas, dispuestos á defenderse allí hasta vender caras sus vidas.

Yo reconocí aquel último refugio, que me pareció el campo de muerte de nuestros restos populares, y lo hubiera sido indudablemente si las fuerzas enemigas se hubieran decidido á avanzar hasta la plaza por los tres flancos que tenían descubiertos.

Afortunadamente no sucedió así, porque ni los soldados de la division del general en jefe, ni los de la guarnicion se atrevieron á llegar hasta la plaza, y la noche con su negro manto vino á

cubrir las escenas horrorosas de aquel dia y á suspender las hostilidades.

Durante la noche los ciudadanos armados abandonaron las posiciones de defensa que antes habian tomado y dispersándose, cada uno por donde pudo, se fueron á buscar seguro asilo, sin que todos lograran hallarle, porque muchos cayeron en poder del enemigo.

Dificil será fijar la cifra de los muertos y heridos que derramaron su sangre en uno y en otro campo en la terrible jornada del 1.º de enero de 1869, pero sin que yo me sugete á la rutina seguida al dar parte de las pérdidas sufridas, puedo asegurar, sin temor de ser desmentido con datos verídicos, que la pérdida de las tropas del Gobierno fué, lo menos, triplicada á las de los defensores de la causa popular.

Los juicios que haga la historia sobre los tristes sucesos de Cádiz y de Málaga no podrán menos de ser condenatorios para el Gobierno provisional, que ha procurado intencionalmente, sin otra razon que la de allanar los obstáculos que pudieran oponerse á los planes de reaccion atentatorios á la Soberania Nacional, fraguados por el Gobierno con el objeto de restablecer en España el sistema monárquico, que el pueblo español, en su mayoria inmensa ha reprobado.

El Gobierno, en distintos è imprudentes manifestos ha querido dar á la Nacion, prejuzgada ya, una cuestion que debió llevar intacta al seno de la representacion Nacional, y su audaz desafuero ha ido mas allá todavia, pues se ha atrevido á ofrecer el trono de España á varios príncipes extranjeros, como si la Nacion Española fuera

patrimonio de ese Gobierno, que solo condicionalmente, y por sorpresa, recibió la investidura del poder que está ejerciendo. La junta revolucionaria de Madrid, y mejor dicho, su presidente, el republicano tráfugo, D. Nicolás Maria Rivero, descargó el primer golpe liberticida sobre esta desventurada Nacion, cediendo aquella junta los poderes que tenia y los que no tenia, en el general D. Francisco Serrano Dominguez, encomendándole la formacion de un Gobierno provisional.

Desde aquel dia empezó á malograrse la revolucion de Setiembre, desde aquel dia se entronizó en el poder la union liberal, haciendo al partido progresista dócil instrumento de sus futuros planes y dándole participacion en el botin del Tesoro nacional, desde aquel dia en fin, unionistas y progresistas determinaron hacer secreta guerra al partido republicano, pero este mas numeroso y robusto cada dia, venció al Gobierno en todos los desafios á que se le provocó, primero en el de las manifestaciones públicas, luego en las elecciones de Ayuntamientos y asegurado tenia el triunfo en las elecciones de diputados para las Córtes Constituyentes.

El Gobierno Provisional y sus partidarios, no podian sufrir ya con paciencia las continuadas derrotas conque les humillaba el gran partido republicano cada vez que con este querian aquellos medir sus fuerzas en el terreno legal, y el Gobierno huyó de la legalidad, arrojó la máscara conque antes habia encubierto su despótica condicion y se declaró descaradamente reaccionario y cruel.

Los gobernadores civiles y militares, los jueces y fiscales, y todos los empleados mandados á las provincias republicanas, fueron elegidos entre los hombres mas conocidos por reaccionarios y que se hallaban bien dispuestos á conculcar todas las leyes, á dirigir provocaciones á los pueblos y á preparar los conflictos previstos de antemano por el Gobierno para inutilizar y dejar fuera de combate al partido republicano en la gran campaña electoral.

Cádiz, uno de los pueblos mas cultos y sensatos de España, se vió obligado el primero á rebelarse contra la tiránica dictadura de sus insolentes mandarines.

La enérgica protesta del noble pueblo gaditano hizo temer al Gobierno que otros pueblos siguieran, como parecia natural que siguieran entonces, el ejemplo de sus hermanos, y para evitar este primer peligro que amenazaba la existencia debilitada del Gobierno, este empleó las armas de la calumnia, echando mano de esos argumentos ya gastados de que los sublevados eran instrumentos de la reaccion, malhechores escapados de los presidios, mezclados con los sectarios de Isabel de Borbon.

Tambien ahora el Sr. Sagasta en su última circular, pasada á los gobernadores, dice que los sucesos de Málaga han sido promovidos por los manejos de la reaccion y pretende mezclar y envolver á los conocidos republicanos de Málaga con los absolutistas de Búrgos y Pamplona. Sobre subterfugio es el empleado por el Sr. Ministro de la Gobernacion para desacreditar con él á los republicanos de Málaga! Pues que igno-

raba acaso el Sr. Sagasta que yo me hallaba al frente de los heroicos defensores de las libertades y derechos del pueblo en la batalla que Málaga libró contra sus opresores?

Pues si el Sr. Sagasta sabia, como debia saber, que yo habia levantado bandera en aquel campo, no debia dudar, ni por un solo momento que aquella bandera tendria grabados los motes de libertad absoluta y muerte á la reaccion.

No creo que el Sr. Sagasta tenga la pretension de creerse mas amante de las libertades populares que yo, ni que se atreva á comparar su hoja de servicios en favor de la libertad con mi estensa hoja, limpia y pura de toda mancha.

Calumnió en efecto el Gobierno á los sublevados de Cádiz, y en los primeros momentos la calumnia surtió el efecto apetecido, y cuando fué conocida la supercheria el Gobierno habia ya organizado un ejército y encargado de su mando, al sectario unionista mas enemigo de las libertades populares, al brusco soldado, que no conoce otra clase de política que la ordenanza, cuando no le conviene relegarla tambien al olvido, ni otras transacciones que la ciega obediencia, al general Caballero de Rodas en fin, y con esto está dicho todo y descifrado el plan que el Gobierno se habia trazado.

Cádiz sucumbió gloriosamente; Jerez y Sevilla se postraron rendidas y silenciosas á las órdenes del orgulloso soldado y el nombre de Caballero de Rodas llegó á Málaga como una amenaza, como el eco fatídico de una próxima calamidad.

Málaga se apresuró á mandar sus emisarios

de paz al emisario guerrero del Gobierno, y á los razonamientos de los hombres políticos contestó el soldado llevándose la mano á la empuñadura de su espada.

El pueblo malagueño supo esta contestacion y admitió el reto: los honrados, los valientes, corrieron á empuñar sus armas, sin pararse á contar el número de sus enemigos, los viles, los cobardes, huyeron del peligro, faltaron á sus anteriores promesas, hicieron traicion á sus hermanos y humillaron la frente ante el verdugo de su pueblo.

Caballero de Rodas llegó á Málaga y no justificó su reputacion de valiente ni entendido militar, pero afirmó su fama de cruel y vengativo. ¡Triste reputacion, infausta fama habrá ganado el general Caballero de Rodas en su invasion de Málaga! el Gobierno que alli le mandó habrá perdido mas todavia que el general, porque entre las ruinas de la ciudad invicta ha enterrado su poder, y con la sangre de los libres malagueños se ha escrito en la historia la espulsion del Gobierno Provisional.

Desde hoy el partido republicano español debe ser, será, es indudablemente, enemigo irreconciliable del Gobierno Provisional y le declara la guerra.

El partido republicano, torturado como ha sido de una manera inicua por los sicarios de ese Gobierno, hipócritamente tirano, no debe contentarse con ir á combatirle en el seno de la Representacion Nacional, no, porque de alli han sido ya anticipada y mañosamente eliminadas nuestras fuerzas, debe aguardarle en otro terreno, debe salirle al encuentro cuando se atreva á sa-

car á la luz pública esa galeria de reyes vergonzantes que tiene alistados en sus candidaturas reales; cuando se desenvuelvan y choquen entre sí los gérmenes discordes que se agitan en el seno de las comuniones realistas, cuando al choque de esos elementos encontrados haya brotado el incendio de la guerra civil, ya inevitable entre los pretendientes al trono, entonces, republicanos, entonces unidos todos nosotros caigamos de repente sobre las fuerzas realistas y hagamos conocer al Gobierno que, no impunemente, se puede escalar el poder en nombre de la revolucion para traicionarla despues y asesinar á los pueblos revolucionarios con las armas del despotismo.

Si algun dia ese Gobierno ingrato se ve acosado y combatido por elementos más reaccionarios que los que él quiere poner en juego, si para contenerse en la pendiente adonde su ciega soberbia le ha conducido viniera á pedirnos apoyo, precipitémosle entonces sin compasion en el abismo que él se ha labrado, y sobre la fosa que esconda su vergüenza, enarbolemos, victoriosa, la bandera republicana.

Yo me propongo sufrir la octava emigracion de mi vida con la misma resignacion que antes he sufrido las otras siete, casi todas ellas ocasionadas, como esta, por la constante lucha que he sostenido y sostendré, hasta triunfar ó morir, contra la union servil.

La buena estrella que en lances muy apurados me ha prestado su benéfica luz para guiarme siempre por el camino de mi salvacion, me mostró ahora tambien la senda que me apartaba de las activas pesquisas hechas

por el bravo general unionista, Caballero de Rodas, para detenerme en mi camino.

Tenga paciencia el general, que si en otros tiempos en las barricadas de Madrid, ni ahora en las de Málaga ha podido herir mi cuello con su tajante acero, será quizá porque Dios en sus inescrutables juicios habrá querido conservar la vida de este pigmeo para humillar algun dia la soberbia altiva de los gigantes unionistas, que en mi concepto tienen mucho de fantásticos, y para deshacer el encanto de su Goliath, no ha de faltarnos un David.

No debo ni quiero concluir este escrito sin demostrar antes la eterna gratitud que se ha grabado en mi alma hácia las nobles personas, que ni yo conocia, ni me conocian en Málaga, hasta la hora en que fui á pedir las refugio y proteccion y que me dieron asilo en sus hogares con tan extremada delicadeza, con solicitud tan desinteresada, y con cariño tan fraternal, que han conseguido arrancar á mi corazon y asomar á mis ojos lágrimas de ternura.

No me atrevo á revelar hoy todavia los nombres de mis generosos protectores, porque no estoy por ellos autorizado para hacerlo, pero esos dulces nombres no se apartarán de mi memoria para bendecirlos constantemente.

En lo que no tengo necesidad de guardar misterio, y sí mucho gusto en declarar, es en el recibimiento generoso que obtuve en el vapor de guerra francés, *El Linier*, que en compañía de mi esposa y de mi amigo y correligionario, Don Andrés de Silva, nos condujo desde la bahía de

Málaga hasta la de Gibraltar, donde por haber llegado ántes que nosotros las humanitarias recomendaciones que de nuestras personas hizo por telégrafo el generoso vencedor de Málaga, no nos permitieron la entrada en la Plaza. ¡Dios se lo pague al ínclito general Caballero, y al Caballero gobernador de la plaza inglesa, que también sabe ejercer los derechos de hospitalidad! Pero no hay mal que por bien no venga, porque el plausible celo del general español y la brusca escentricidad del Gobernador inglés, hicieron resaltar mucho mas, la finura y amabilidad del cumplido caballero francés, Mr. Bruat, Comandante del *Linier* que cedió su elegante cámara á los pobres refugiados y nos colmó de atenciones hasta dejarnos seguros en el puerto de Orán y muy bien recomendados á las autoridades francesas de esta plaza.

¡Gracias! mil gracias damos los emigrados españoles á la generosa nacion francesa.

ROMUALDO DE LAFUENTE.

